

PCB 5481

Coordinador ShowCultural: Hernán Díaz

# SHOWCULTURAL

Cine • Libros • Televisión • Guía del ocio • Arte • Teatro • Gastronomía • Opiniones

## Treinta años de remolienda

por Antonio Skármeta



Begoña Castro, mujer del autor e inolvidable protagonista de "La remolienda", de Alejandro Skaroking.

Debe ser la primera vez en el mundo que una cosa de puro función en una iglesia. La lucidez la saca de realizar Alejandro Skaroking con *La remolienda*, en la capilla del Centro Monseñorato, hecho rosado y sólidamente comparable a la derrota en fútbol de Chile ante Brasil por diez a uno. Claro que frígeses y actores pueden estar más tranquilos que los distintos técnicos de las selecciones nacionales, desde píriguitas hasta longevas, cuyas cabezas presumiblemente cariño cuadras vulgares peras maduras.

Nada hay de blaudito en esa joyita del teatro popular chileno, que está celebrando discretamente sus treinta años de vida, en circunstancia que la misma debió emitir pitos y fanfarrias para llamar la atención sobre esta obra que se mantiene "for ever young", incluida la maravillosa Begoña Castro que actúa a doña Nicolasa igualita a como lo hiciera en 1965, en el Teatro de la Universidad de Chile.

La frescura de *La remolienda* reside en el ingenio de Skaroking para dotar a sus personajes de esa gracia angelical que los hace transparentes y hermosísimos, ingenuos y lúdicos, inmunes a los habitantes de ese país encantado y encantador que era el Chile rural previo a la TV y la luz artificial.

La visita Nicolasa vive en un cuarto a los pies de un volcán, junto a sus tres jóvenes hijos: Nicolás, Gilberto y Graciela. La madre los ha sacado de ese buenísimo panazo para tráelos a un pueblo donde verán la novedad del abrigo: la luz eléctrica. Los muchachones están educados en las buenas costumbres: cuando ven un diente hoy que sacante el sombrero al sajedón. Y si la señora de maestro les gasta como para matronamente, convierte decirle que tiene "una mira-

que conta el resuello, que se move como una rata'e cuento, que tiene gran olor como manzana madura".

No sospechan, los jóvenes, que el abrigo los traerá a una casa de necisindia donde las tres papillas, ávidas de curiosidad, deben fingir esa noche —a pedido de la dueña del panizo— que son sus hijos y no "pupillas".

A los pocos minutos está compuesto el ingenioso constelado. Los muchachos quedan cautivados por las señoritas y éstas, más que bien, logran dominar a la naturaleza para hacerse pasable a ojos del trío de futuros maridos. Esta perspectiva mayor

viene adjunta a otra: la risada de los querubines es confundida por un gallo de hace veinte años, quien la toma por la madre de las señoritas. Wamm. De esa sustancia brota una florita de noble chilenidad, de humor inocente y poético, de vulgaridad redimida por la gracia, de canciones con poesía terrenal, de caprichos de un folclor hecho de tradiciones latísimas.

Jóve, hacen los sonberos pájaros en su primera fiesta con las chiquillas? ¡Alegria a los adovinanzas! Una de las repeticiones de ellos: "Voy con mi casita al hornero, camino y no tengo pata, y voy dejando mis pleyas, marcia con hilo de plata". Naturalmente, se trata del caracol. Ahora una de ellas: "Sícale maria, que lo quiero ver. Ay, que está muy feo, pídelo a moro". Solícitos: "El pan del hornejo (o qué se había cocido usté)?"

Ambos grupos, y personajes adultos, establecen un milagro de comunión cívica. Viven de un territorio y una cultura común, los de la poesía. Los cuerpos de ellas pueden estar "malo recordos que el surinco pavimentos", pero sus almas están intactas y sus sueños de establecer un hogar, al cielo por cierto. La preza

de los muchachos las rodea y la alegría de sus espíritus les promete futuro coplendio.

Este cuento de hados para adultos está llevado con ritmo nervioso por el propio autor, Alejandro Skaroking. El espectáculo no tiene ni un gramo de grasa. Estamos lejos de los latigazos y retóricos lenguajes comunes del teatrololero descochado. Un público más exigente y sofisticado puede ir a verla sin corona. El comienzo de la obra está puesto al servicio de la entusiastica, y es especialmente recomendable para que la visiten padres con hijos adolescentes. Pese a la dureza de los acontecimientos, tampoco hay nulla sentenciosidad.

El clímax que anima la humilde capilla es homólogamente luminoso. Casi en todo buen actor, con un par de piecitas estúpidas y comunicativas en escena. Es un montaje para no desatascar nunca. Alguno suspicaz deberá cuidar que la obra sea vista y disfrutada por licenciosos y poldriales a lo largo y ancho de este país moderno con su identidad descajada.

Y ya que estamos en sagrado recinto, alboroto por Begoña Castro. Esta superstición es la única que se mantiene del elenco original, que en 1965 le robó el convite al público del teatro Antonio Varas. Cada una de sus inflexiones "chilenas" es una concepción a la mendibula. Tiene el don de la inmobilitad y las barbilladas le brisan un enfasis. Una vez más reina en todo su talento, con el agregado de que, esta vez, el elenco no le va a la zaga. ■

Quincenario del 29 de mayo al 11 de junio

P.126

P.127

CONVER

**Treinta años de remolienda [artículo] Antonio Skármeta.**

**AUTORÍA**

Skármata, Antonio, 1940-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1995

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Treinta años de remolienda [artículo] Antonio Skármata. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)